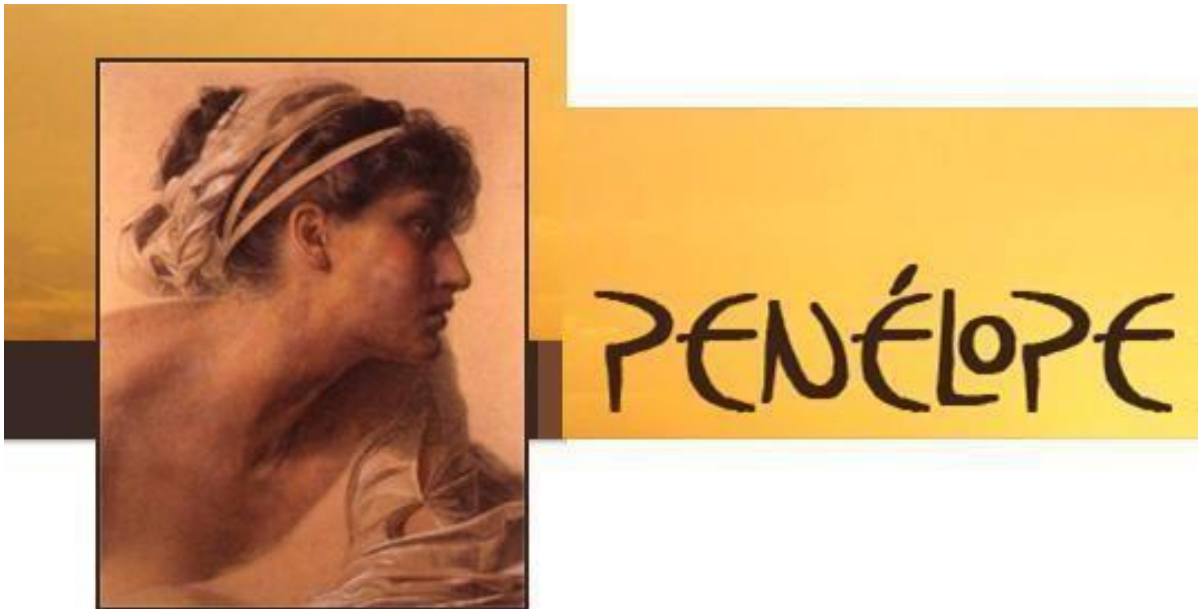


REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



Depósito Legal: J 696-2013

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

ISSN: 2341-0086

Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDA CABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

10ª Edición: diciembre del 2022

Enlace a la página Web: <http://www.revistapenelope.com>

Email: encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com

Teléfono de contacto: 617 91 87 97

Narrativa breve

Félix Lopez

Hijas del infortunio

Un relato que describe, desde la ficción literaria, el drama de la migración ilegal y sus tentáculos en el tráfico de personas, la prostitución y las redes del narcotráfico. Personajes imaginarios que viven una realidad escalofriante. Las mujeres convertidas en mercancía por las mafias...

Félix López

*«Yo me aventuraría a pensar que Anónimo,
quien escribió tantos poemas sin firmarlos,
fue a menudo una mujer».*

Virginia Woolf



Las gotas de sudor del hombre caen como lluvia fétida sobre su rostro, las tetas y el abdomen estriado. Voltea la cara y clava sus ojos negros en el Cristo tatuado en el brazo del marino griego, que la embiste y jadea como un animal. Duelen la vagina, las caderas y el alma. Le susurra palabras en un idioma que ella no comprende, pero que imagina tan sucias como su barba. Entiende que él la llama Samanta, alias de dama de compañía con que la bautizó su captor, un mozalbete marroquí que se esconde tras el mote de Alí Babá. Dibuja una sonrisa falsa de revista. Abre las piernas por inercia. Siente asco de su aliento etílico y del tufo del hachís... El cliente le toca los labios con dedos rústicos y se lanza sobre ella para encajarle su lengua en la boca esquiva. Arquea con repugnancia y lo empuja furiosa. Como respuesta dos manos callosas se enroscan en su cuello. Presiente que morirá asfixiada, pero antes de perder el último aliento la asalta la visión borrosa de un rostro sádico y una carcajada de triunfo, goce y burla, mientras le descarga una ráfaga de semen bullente en las entrañas.

La despedida ha sido un portazo. Awa Taoré deja de ser Samanta y se esconde a llorar como muñeca de trapo bajo la almohada. Hace meses perdió la cuenta de los hombres que la golpean y la usan. Tampoco sabe cuánto dinero gana o qué deudas acumula. En la cueva de Alí Babá todo es misterio. Los relojes no funcionan. Le ofrecen más cosméticos que comida. Más alcohol que agua. Piel de ébano deshidratada. La convivencia no existe y las chicas pelean por los clientes como hienas por un pedazo de cordero... No deja de pensar en Malí, en la suerte corrida por su hijo Moussa, e intenta armar el tercer plan de fuga. Ordena las ideas, recobra

la cordura y siente que vuelve a ser Awa. Recuerda que Awa quiere decir río, según su madre. Sonríe, orgullosa de su nombre... Tocan a la puerta y rompen el hechizo. Se abre el telón. Samanta se pinta los labios de rojo como un robot y se deja caer en la cama con las piernas en cruz. Cierra los ojos. Pide a Dios que solo sea una pesadilla: «Adelante».

* * *

Rocío Luna empuja la puerta y se sitúa frente al comisario jefe de policía. No es la primera vez que reclama su ayuda. La observa con cansancio. Ella saluda sin apartar la mirada de sus ojos. Sabe que las pupilas mienten menos que las palabras. Habla en nombre de Albedrío, ONG que vigila rutas de esclavitud sexual. Esta vez le lleva el número de placa del *Toyota Land Cruiser* que siguió desde el puesto fronterizo de Beni-Enzar, al sur de Melilla, y perdió de vista en la calle Gurugú del Barrio del Real. Le cuenta que desde el todoterreno dos ojos perturbados le gritaron auxilio. Jura que esa mujer negra es otra presa de las mafias, rehén y mercancía fresca. Tiene una pista y una corazonada.

—Si la encontramos, salvaremos a muchas —dice en tono de ruego.

—No todas recalán en redes de prostitución contra su voluntad. Por algo es el oficio más antiguo del mundo —duda el policía.

—En eso se equivoca. Es el cautiverio más arcaico y grande de la historia.

—Esa mujer no saltó la valla, ni cruzó en patera. Presentimiento no es prueba.

Rocío calibra su respuesta. Hace tiempo entendió que la tragedia comienza antes de Melilla, Ceuta o Lampedusa.

—Todas huyen de la guerra y del hambre. Cruzaron el desierto y son víctimas de mafias que venden seres humanos como esclavos.

El policía baja la cabeza. A Rocío nadie le contó. Ella misma atravesó las fronteras y ha visto el mercado humano de Oujda, entre Marruecos y Argelia, o en los bosques de Nador, más cerca de Melilla. Abre un mapa sobre el escritorio y traza con el dedo índice la ruta de la muerte. Le explica que la riada migratoria tiene afluentes en Malí, Congo, Camerún, Nigeria... Asegura que esas mujeres, solas y a la deriva, son el botín predilecto de los traficantes: «Primero las viola el jefe y después los buitres. A la que queda embarazada le hacen creer que el hijo es un pasaporte para entrar a Europa y a las jóvenes las venden como esclavas sexuales sin códigos de barra». El uniformado enmudece. Rocío rehúye el feminismo de ocasión, pero no tolera juicios machistas. Le ofende cómo la realidad convirtió en caricaturas el tormento literario de Manon Lescaut o de Sonia, la de Fiódor Dostoyevki.

—¿Qué edad tienes tú? —preguntó el policía.

—Treinta años es suficiente.

* * *

Tres décadas atrás, en los suburbios de Bamako, capital de Malí, nació Awa Taoré. Siete hermanos murieron antes de los veinte años. Tres dijeron adiós y se perdieron en la garganta árida del desierto. Guerras, sequía y hambre son recuerdos de la infancia. A Salif, su padre, lo mató la malaria en una mina de oro. A su madre la apedrearon por oponerse a la ablación de su única niña. Cada vez que Awa toca su

clítoris agradece la valentía de Mamá Mahmuna, la mujer que se reveló contra la mutilación genital femenina «como forma de purificar el alma». A los siete años descubrió que el nombre Mahmuna significa Oportuna y juró amarla por siempre. Huérfana, creció en la choza de sus tíos. Trabajó y lloró sin descanso. Tres monjas la rescataron del abuso infantil en la plantación de algodón y la llevaron a la ciudad. Awa preguntó a una Sierva de Dios por qué el continente tenía forma de signo de interrogación. La religiosa fue sincera: «Aquí todo es incierto. Hasta el nombre de la ciudad viene de la guerra». Estudió, lloró y rezó sin descanso. La enseñaron a leer y a escribir en francés, la lengua de los colonialistas, pero le sugirieron que no era necesario pensar. Aprendió que Bamako, antes de capital, fue una hermosa joven que nació cuando la tierra solo tenía al sol. De noche su aldea era atacada sin misericordia. En la oscuridad no podían defenderse. El dios N'Togin apareció una madrugada en los sueños de Bamako. Le reveló que su hijo Djambé la amaba y le prometió que si elegía casarse con él podrían ir juntos al cielo y desde allí iluminaría a su pueblo. Aceptó para salvar a los suyos. Subió a la roca más elevada y se lanzó al río. Djambé, el Sol, la elevó al firmamento. Desde entonces Bamako relumbra las noches de la ciudad que ahora lleva su nombre... Awa Taoré todavía cree que llegó al mundo por el mismo lugar donde nació la Luna.

* * *

El comisario mira la luz reflejada sobre el Mediterráneo y siente alivio. La noche clara no sirve a los traficantes. Sentada en el mirador del Malecón de Melilla, Rocío Luna observa en la misma dirección, pero piensa en otra cosa. Después de ese mar

está la Europa sin fronteras. Aquí termina la agonía del desierto y comienza la del abismo azul, sin fondo. El sol es igual de cruel. La maldad del hombre es la misma. La esperanza cambia de color y pertenece a pocos elegidos. Los supervivientes con deudas eternas. Forasteros en un mundo civilizado, en el que pelearán a codazos un puesto irregular de jornaleros, o entrarán por la puerta de atrás en el «mercado de la carne», donde los esclavistas clasifican «la mercancía» según edad y fecha de caducidad del producto: *call girls*, *scorts*, damas de compañía... Y en ese laberinto de neón, placer y tinieblas los bribones enmascaran el tráfico de drogas, de órganos y de personas.

Rocío Luna les declaró la guerra. Son tantos que se agota. A veces quiere irse a casa y renunciar a todo. Ve zarpar el último ferry a Málaga y el corazón se le estruja. Recuerda y extraña: madre, playa, espeto de sardinas, ir de marcha con amigas, un lienzo de Sorolla y el escenario del Teatro Romano. Sube el volumen al *smartphone* y se deja llevar por la sensualidad andaluza de Vanesa Martín: «Ya lo ves, /se fue este barco a la deriva, /tus tablas y mi salvavidas, /y aquí estoy». Tararea, lanza una piedra al agua y observa cómo las ondas circulares desaparecen en segundos. Cavila sobre ese instante de pánico y las huellas que se evaporan tras los ecos de un naufragio. Mañana, al amanecer, la entrevistan en la radio. Le volverán a preguntar cuántas pateras se tragó el mar este año. Y ella, sin pucheros, responderá que el desierto cobra el doble de las vidas que engulle el Mediterráneo. Limpia sus mejillas y recuerda la advertencia de su abuela: «Es sincero el dolor del que llora en secreto».

* * *

Awa Taoré no duerme, solloza. Trata de recordar los momentos en que ha sido feliz. Eran adolescentes cuando Mamadou Cissé le prometió que la llevaría a conocer el mar. Pero antes del viaje nació su hijo Moussa, que significa El de larga vida. Los tres se sumergieron juntos en el delta sucio del río Níger. Soñaban con tener la misma energía de la corriente y llegar al Atlántico. Casi siempre dormían hambrientos sobre la tierra que guarda la tercera reserva de oro africano. Pero el amanecer les recordaba que esa fortuna ya tenía dueños extranjeros. Mamadou ansiaba una vida mejor y creyó la promesa del paracaidista que se convirtió en presidente. Con su esposa Awa en contra se enroló en el ejército como Boina Roja. La mujer temía perderlo y puso en su mochila de guerrero un *grisgris*, segura de que el resguardo atraería buena suerte. La bolsita de piel de leopardo, en la que se mezclaban hierbas, aceites, piedras, hueso, cabellos, plumas y uñas, reunidos con la bendición de un rey vudú, no obró el milagro que ella deseaba. En la confusión de una noche sin luna, camuflado en una tormenta de arena, regresó el golpe de estado. Mamadou murió acribillado en la batalla de Gao.

Awa Taoré llora desde entonces. Su hijo Moussa extravió la brújula. Estudió, rezó y jugó al fútbol sin parar. Una leyenda llenó el vacío de la figura paterna. La camiseta blaugrana con el número quince se convirtió en su talismán. No un diez, ni un siete, como sueñan sus amigos. Eligió seguir los pasos de Sydou Keïta, el atleta maliense fichado por Guardiola. El «Dios Keïta» se hizo grande y Moussa se obsesionó con emularlo. Necesitaba dejar Bamako, llegar a Europa y demostrar su

talento. Dibujó y ocultó las coordenadas. Esperó terminar el primer año de secundaria y con su boletín de estudiante excepcional en mano emprendió el viaje. Awa lo supo a través de una carta-adiós cuando su hijo ya estaba a mitad del desierto. La promesa de la última oración la sepultó en vida: «Madre, triunfaré, regresaré y la llevaré a ver el mar».

* * *

Rocío Luna lee fragmentos de cartas escritas en francés, inglés y árabe. El auditorio de la facultad de Ciencias Sociales está envuelto en un silencio lúgubre. Es viernes y la directora de Albedrío denuda ante los estudiantes rutas de la emigración ilegal e historias de vida que hacen palidecer la ficción. Les cuenta que ha dedicado más de ocho años a salvar esclavas sexuales y madres solteras. «La historia de cada una —les dice— comienza con un sueño, pero todas se juntan en la desventura. No dejan sus casas para convertirse en putas, rehenes o sirvientas. Siguen huellas de un hijo, pareja, padre o hermano a los que se tragó el silencio. Anhelan ayudar a la familia que quedó atrás... Ingenuas, no imaginan que al final del viaje existen muros que frenarán sus ilusiones».

Los rostros de quienes la escuchan son el reflejo del mundo: lágrimas que deshacen penas. Ceños fruncidos. Ojos incrédulos. Sonrisas burlonas. Expresiones de asco. Rocío Luna no pierde la calma. Sabe que esas revelaciones faciales son el lenguaje del alma. Reflejo de genes sociales... Entre quienes quieren opinar o confrontarla, elige la cara más agresiva y le da la palabra.

—¿Abrimos las fronteras y nos dejamos invadir? —ironiza el chico.

—Sesenta millones de nuestros antepasados emigraron a países donde jamás los llamaron. ¿Entran ellos en su concepto de invasión? —responde Rocío.

—¿A qué vienen? Aquí también faltan empleos, techos, salud y comida. No somos culpables de la catástrofe de África —replica el joven.

Rocío respira profundo e intenta poner en contexto un asunto que sabe incómodo y tabú para la sociedad. Con voz pausada comienza a describir las rutas por la que suben al norte el petróleo, minerales preciosos y colmillos de elefantes. Le recuerda al futuro periodista que ese trasiego desigual ocurre desde la Revolución Industrial del XVIII, cuando Europa decidió que las materias primas africanas le pertenecían. Toma una tableta y les lee cómo abrevió esa historia el Obispo negro Desmond Tuto: «Cuando los misioneros europeos llegaron a África ellos tenían la biblia y nosotros la tierra. Nos dijeron: ¡Oremos! Cerramos los ojos, y cuando los abrimos nosotros teníamos la biblia y ellos la tierra».

* * *

Awa Taoré observa de reojo y con cólera al abusador que la empuja sobre la arena ardiente. Cuenta a quince yihadistas armados como *rangers*. A los hombres los bajan del camión a culatazos y a las tres mujeres las separan del grupo. Lo requisan todo. Hasta en la ropa interior meten las manos sucias. Cuando celebran su botín y parece que la tarde de espanto llega a su fin, el jefe saca un teléfono satelital y comienza el desfile de rehenes. Les exigen el número del que pagará doscientos mil francos, unos trescientos euros, antes del amanecer. Frente a la carpa, alumbradas por faroles chinos, unas estacas de madera exhiben tres cabezas cercenadas. El más

viejo se sitúa frente a las mujeres y señala a la más joven. Awa es llevada a otra tienda de campaña donde la violan durante toda la noche. A punta de bayoneta la obligan a inhalar una dosis doble de polvo blanco: «Nieve del desierto», le dicen. Amanece y el toque de diana es una ráfaga de ametralladora. Tres cuerpos quedan sobre la arena que filtra la sangre todavía caliente. El camión prosigue su viaje y los migrantes se acurrucan aterrados.

Awa se cubre el rostro con la túnica. No deja de llorar a lo largo de la ruta, mientras piensa en la suerte corrida por su hijo Moussa. Tres veces recibió las llamadas telefónicas de rescate. Siempre pagó, hasta que perdió su rastro... El conductor, morboso, narra las escenas dantescas que ve más allá del parabrisas: un camión averiado con cadáveres descomponiéndose al sol. La garrafa vacía. El conejo de peluche. La punta del zapato que emerge en la arena. Huellas frescas de muflones y gacelas. La nube de polvo del Sahara rumbo al poniente... Un pájaro mula-mula delata la cercanía de un campamento nómada. Y otra vez, en el horizonte, la silueta de tres jeep y hombres armados. Awa escucha el aviso y tiembla. Cierra los puños y aprieta sus muslos como un reflejo.

—*Putain de chance!* A salvo del desierto, pero en manos de la policía marroquí
—lamenta el traficante.

* * *

Rocío Luna enfrenta a los uniformados en un juicio en Casablanca. Asiste como testigo a un proceso sobre trata de personas que sacude las cortes y los medios. Viajó a Marruecos con pruebas que demuestran la participación de funcionarios en

el mercado de seres humanos. Advierte al juez que los periódicos llaman «mafias de traficantes» a una red de servicios como transporte, provisión de identificación fraudulenta y la corrupción de agentes de aduanas y fronteras.

—La maquinaria es tan perfecta que no puede ser posible sin que esté involucrada la policía —denuncia Rocío.

Los acusados la observan con enojo. Rocío le explica al letrado la existencia de dos rutas paralelas. La más cara y exclusiva, le dice, es la del «*tour operator*» marroquí que ofrece el «paquete plus»: avión a Casablanca, taxi a Tánger y patera a Tarifa. La otra, más inhumana aún, es una prueba macabra de sobrevivir al desierto, a la extorsión y a la práctica «mágica» que transforma cuerpos en pasaportes. Violación y prostitución forzosa es el precio que pagan las mujeres por cruzar cada frontera.

—¿Usted cree que toda prostitución es forzosa? —indaga el juez.

—Las mujeres son la mercancía de las redes de contrabandistas. Forzosa quiere decir obligada, contra razón y derecho —aclara Rocío.

—Decía Platón que no es en los seres humanos sino en las cosas donde debemos buscar la verdad —sentenció el juez.

—Señor, yo también estudié Leyes. Según Platón la peor forma de injusticia es la justicia simulada.

—Ya puede callarse. Quise decir sentarse —ordenó el juez.

Rocío Luna dejó el tribunal marroquí con miedo a represalias. Airada y con ganas de sacar de sus guaridas a las mujeres y niñas explotadas, a las que esperan la hora de cruzar el Mediterráneo, rehenes de proxenetas o custodiadas por un «*lover boy*».

Pensó en reunir las a todas y llevarlas en procesión a la próxima vista oral, para que el juez pueda leer el dolor en sus ojos. Demostrarle que el tráfico humano es el tercer negocio ilegal del planeta y tan infame como el narcotráfico... A la hora del sol, sentada frente al succulento plato de *cuscús saykaout* en el restaurante Le Riad, con un nudo en la garganta, sin apetito, recibió una llamada de Melilla que le hizo la tarde.

* * *

—Avisen a la directora de Albedrío que hoy es el operativo *Land Cruiser* en el Barrio del Real —ordenó el comisario.

—¿Y al Faro de Melilla? —preguntó el oficial

—A ellos y a todos los medios. Que España sepa que no estamos de siesta.

A las tres de la tarde, cuando la ciudad dormitaba mecida por la digestión, comenzó el desfile. Hombres jóvenes, maduros, funcionarios, políticos, turistas, españoles o extranjeros... El sostén de la industria del sexo. Todos con la libido alborotada. Desde fuera, la cueva de Alí Babá, número 69, es como cualquier casa de familia. La fachada Art Decó con estética de estucados finos y relieves lineales. Pero detrás del portón negro el ambiente es sórdido. Huele a marihuana y sexo. Alcohol, media luz y un hilo musical discreto, para no molestar al vecindario. El *reggaetón* de Bad Bunny compite con los efectos alucinantes de la droga: «Y me dice papi (Papi sí) / Ta' bien dura como Natti (Ah)/ Borracha y loca, a ella no le importa/ Vamo' a perrear, la vida e' corta».

El comando policial derriba la puerta e interrumpe el desfile de chicas en minúscula

lencería, subidas en tacones y con antifaces. Blancas, mulatas y negras. Españolas, latinas, subsaharianas, asiáticas y de Europa del este. Fin de la subasta. Minutos de pánico y desconcierto. El comisario ordena tomar los pisos superiores. En el closet de una habitación encuentran ocultas a dos menores de edad marroquíes. En otra, una rebelde rusa esposada. Al final del pasillo derriban una puerta. Un moro en ropa interior intenta pasar por cliente, pero Awa Taoré, envuelta en la sábana sucia, lo delata: «No lo dejen escapar, es Alí Babá, el maldito dueño». El esclavista sexual cae con un ajustado bóxer *animal print*... Su oficina, descubierta tras un falso librero en el sótano, es una galería abominable. Un circuito de televisión permite controlar desde allí toda la casa. La caja fuerte esconde pasaportes, pistolas, pornografía, euros, dólares, dirhams, coca, marihuana, hachís de Ketama y la lista de nombres, con sus alias y deudas adquiridas por «traslado, manutención y residencia». Oculto en el garaje está el *Toyota* gris y bajo el asiento del conductor hay seis placas con matrículas falsas.

El bus con las mujeres se pone en marcha. Avergonzadas ocultan sus rostros. Los clientes dejan el barrio con el rabo entre las piernas. A Sharaf Kamal, alias Alí Babá, lo sacan esposado. El dueño del burdel miró a los periodistas con su sonrisa cínica, amenazante. Una reportera indagó qué significaban las palabras árabes tatuadas en su antebrazo. Sharaf les respondió a gritos: «Hombre honorable, mi nombre». «¿A dónde se llevan a las chicas?», preguntó otro. El comisario le contestó con aires de triunfo: «Las atenderemos en el Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes. Ya no son esclavas». Antes de subirse a la patrulla miró alrededor

de la casa, pero no vio a las voluntarias de Albedrío.

* * *

Rocío Luna salió del aeropuerto de Melilla y voló al encuentro de las mujeres. Llegó al albergue y todavía recibían atención psicológica. Se hizo a un lado y dejó que el comisario le contara detalles del operativo. Le pidió que fuera compasivo en su pesquisa y le advirtió que las víctimas de violencia sexual sufren más estrés postraumático que un soldado después de la guerra... Transcurridas dos horas, el policía la llamó al salón donde había entrevistado a las chicas. Rocío identificó los grandes ojos negros que le gritaron «auxilio» tras los vidrios empañados del *Toyota Land Cruiser*. Awa Taoré se levantó, le dio las gracias y aceptó con timidez el abrazo. Cuando pudo articular palabras le imploró: «Ayúdeme a encontrar a mi hijo». Rocío la llevó bajo la sombra de un árbol y sentadas sobre la hierba seca ella le contó su historia. Mientras la escuchaba, recordó a un personaje de *La Pasión de Cristo* que se preguntaba cómo un solo ser humano puede soportar todo el peso del dolor del mundo.

—Una madre nunca se rinde si es por su hijo —juró Awa.

—Vamos a buscarlo. Pero tienes que ser fuerte —pidió Rocío.

—¿Por qué me apoya? ¿Qué gana usted?

—Awa, al ayudarte me alivio a mí misma. Mi adolescencia y una violación llegaron juntas. Crucé también entre la vida y la muerte.

—Nadie podrá entenderme como tú —dijo Awa.

—Entonces acéptame como a una hermana.

—¿Así blanca y negra? —dudó Awa.

—¿Acaso no somos hijas del mismo infortunio?

A la mañana siguiente, Rocío Luna llegó con sus archivos al Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes. Juntas revisaron las listas con los nombres de menores no acompañados que llegaron a Europa el último año. No bastó una jornada. Cuatro días dedicaron a investigar y realizar llamadas. Entre las notas de prensa, Awa Taoré descubrió una del diario *El Mundo* que la desplomó. Su título era como una detonación en el alma: «El niño del naufragio en el Mediterráneo que se cosió las notas del cole a su ropa». Se sentó temblorosa y pidió a Rocío que le tradujera al francés: «Tenía catorce años y había nacido en Malí. Era un buen estudiante y probablemente pensó que sus notas académicas le servirían para demostrar su valía cuando llegara a Europa. Con mucho cuidado dobló y cosió las hojas de su boletín escolar en un bolsillo interior de su chaqueta para que no se perdieran. Era el 18 de abril de 2015. Esa noche la barcaza en la que viajaba se hundió frente a las costas de Libia tragándose los sueños de este niño sin nombre y de mil personas más, en el mayor naufragio de los últimos años en el Mediterráneo central».

Awa Taoré estrujó en un puño la página del periódico y hundió su cabeza entre las piernas. Así estuvo treinta minutos que fueron para Rocío Luna como un siglo de sufrimiento. Se puso de pie, se llevó las manos al pecho y compartió su sospecha.

—¡Ay, mi Dios! ¡Cuánta desgracia! ¿Será mi pequeño Moussa quien duerme en una tumba anónima en Sicilia?

—¿Qué te hace pensarlo? —preguntó Rocío.

—La fecha del naufragio. Su edad. El boletín escolar... Puede ser él, Rocío.

—También puede que no. Para algo lo nombraste Moussa, El de larga vida.